



LA VUELTA DEL SOLDADO SUIZO.

La anciana madre hila en el rincón mas apartado del aposento en que se reúne la familia; el padre, á quien la sordera aprisiona en un silencio eterno, lee en voz baja aquella Biblia, que pasa de generacion en generacion, con anotaciones de los individuos nacidos ó muertos, y de los matrimonios; la nietecilla arregla un ramillete con las flores de su delantal.

El día va cayendo, y una tenue sombra rodea tan apacible escena. Ningun rumor se siente; todo está en calma, y solo se oyen el ruido monótono de la rueda de hilar, el que producen las hojas del libro

cuando las vuelve la mano del buen viejo, y el de los sordos gruñidos de un perrillo acariciado por la niña. Esta tranquilidad no excluye el sentimiento, porque en medio de ella, aquellas tres almas se fijan cada una en su idea, y tres monólogos interiores se elevan al mismo tiempo hácia el cielo, formando un coro misterioso.

La madre murmura una plegaria:

—¡Dios de bondad! protégeme á mi hijo: en medio de esa impia lucha que diezma los generosos mancebos de la Suiza, haced, Señor, que no hiera y que no sea herido. Devolvémele tan fuerte y hermoso como

me lo concedisteis, y tan amable y pacífico como lo hicieron mis hermanas amonestaciones.

En tanto que la madre dirige al Etamo esta súplica, el anciano, con la vista fija en el libro de los Macabeos, repite en su corazón:

—El hijo ha interrogado á su conciencia; ella le ha dictado su deber, y él ha obedecido. Si vive, le amaran sus hermanos; si muere, le recibirá Dios, porque vivo ó muerto habrá defendido la verdad.

Entre estas dos meditaciones austeras, el pensamiento de la nieta-ella se mueve, como la golondrina entre las revueltas de un edificio sombrío:

—Mi hermano ha ido lejos, muy lejos. ¿Qué me traerá cuando vuelva? Juguetes hechos por los pastores, conchas, cintas de brillantes colores, y libros con santos iluminados. Traiga lo que quiera, yo deseo que venga pronto.

Mientras parece que se confunden en un solo pensamiento estas tres almas, resuenan pasos precipitados hacia la parte superior... se acercan... la puerta se abre... y se oye una exclamación. Es él! Es el hijo anhelado! Es el hermano á quien se espera! La madre se levanta y estirando los brazos; la hermana pega su boca al oído del abuelo y le grita la buena noticia; hasta el perejillo se adelanta gruñendo de alegría, y un rayo de sol que acaba de penetrar por la puerta entreabierta ilumina el contento de la familia.

—¿Cuántas lágrimas contenidas brotan ya de los ojos! ¿Qué de abrazos! ¿Qué de preguntas! ¿Es preciso también que el joven militar narre lo que ha visto, lo que ha sentido, lo que ha hecho! Pero puede haberlo sin vacilar, porque nada tiene que temer ni que ocultar: así es que á todos satisface con arreglo á sus deseos. Habla á su madre de las mujeres que ha salvado; á su padre de la tranquilidad que experimentaba en los combates. Por último, regala á su hermanita la escarapela que ha llevado con honor en los campos de batalla, reservando para sí el recuerdo de las crueles pruebas que ha sufrido, y en las ruinas entró como ciudadano para salir de ellas como hombre.

APENDICE A LA HISTORIA DEL MATRIMONIO.

SALA RESERVADA DEL MUSEO MATRIMONIAL.

CUADRO PRIMERO.

EL SOLTERON.

De la mala mujer le guarda
Y de la buena no fue mala.

Esta pintura, que fué regalada al museo matrimonial por una doncella que murió sin abandonar su estado á la edad de 109 años, no está hecha sobre lienzo, ni en papel, ni en cobre, sino sobre una tabla de una naturaleza tan dura, que después de haber convenido los inteligentes en que era noble, han declarado todos unánimes que debió ser un fíbula de los tiempos primitivos, cuya especie ha ido degenerando con los años. Esta circunstancia, y la no menos notable de haberse infiltrado el color en sus poros, hace que el cuadro esté tan entero como el día en que le acabó su autor. No se ven en él ninguna de las señales con que el tiempo atestigüa su inmutable carrera; y en vano su última poseedora y otras sus amigas, y otras y otras honestas doncellas probaron á lavar la pintura con cuantos cosméticos hallaron en su tocador, y aun con otros reactivos químicos de no menos fortaleza. Cuantos esfuerzos hicieron por hacer de la tabla la figura del solteron, fueron inútiles. Por último, y esto parece milagroso, la arrojaron al fuego y ni aun lograron que se calcinara, como ordinariamente habría sucedido tratándose, no ya de una tabla, sino de una piedra.

El solteron que vamos á presentar á los lectores ha resistido á todas esas tentativas sin dar la menor señal de flaqueza. En la actualidad se mantiene tan lozano y tan fresco, que siempre parece que ha sido pintado el día anterior.

Para que nuestros lectores puedan juzgar por sí mismos de la verdad con que hablamos, alzemos la cortina y vean el cuadro.

Recordada de sí mismo, no por lo que él vale, sino por lo que hace que dejan de valer los demás, el solteron de que hablamos es parente directo de aquel Narciso que se enamoraba de su propia imagen retratada en la superficie del lago. El fondo del cuadro es un desierto que en vano quiso cubrir de flores el artista; el rosa de los enojos dorados y el verde esperanza, se agostaron en la paleta. Nada pudo crecer á la sombra del personaje del cuadro, y con razón al verle una doncella de cincuenta y pico, parodió unos versos de Zorrilla de la siguiente manera:

Ay! el hombre solteron
sobre la tierra que habitó,

es una planta maldita
sin fruto de bendición.

Y tuvo razón la experimentada doncella, porque el personaje en cuestión no es un célibe menor de edad que aun puede dejar de serlo, sino un mayor de edad que no puede ser otra cosa, sino lo que está siendo actualmente; no es, en suma, un célibe novicio, sino el padre maestro del noviciado. Y esto nos obliga á no llamarle solterito, ni soltero, ni solterazo, sino solterón. Solterón á boca llena, siquiera cierran las suyas al oírnos todas las mujeres, por ser el solteron un manjar que no les pasa nunca de dientes adentro. Véase sino las diabluras que han ensayado para borrar esta pintura, y se comprenderá una parte, aunque pequeña, de la aversión que la tienen; sirviendo esto al propio tiempo para dar á conocer lo costoso que es la profesión en el celibato sealar. Porque no rayan VV. á creer que el grado de solteron se adquiere á dos por tres, y que los que le llevan han tenido que hacer unas pruebas terribles. Todo lo fácil y económico que es el título, no el ejercicio del estado, como ha podido ver el lector en los cuadros del museo matrimonial, tiene de difícil y de costoso el diploma de solteron. Dice el autor de este cuadro, y cuando él lo dice estudiado lo tiene, que el celibato permanentemente no está al alcance de todas las fortunas, y aun afirma, con sobrada razón por cierto, que semejante oficio solo pueden ejercerlo los hombres muy ricos. Téngase salida esta circunstancia para que no asuste á los profanos el lujo del retrato; pero que no sirva de cebo á las doncellas, porque el original de este cuadro ha sido declarado por un consejo de madres de familia, célibe impenitente y soltero contumaz y condenado en última instancia á pasar el resto de sus días en el hospital de solteros incurables, vulgo solterones. Ultimamente, y ahora es que va de veras, áloose la cortina y examínale cada cual como mejor le acomode; teniendo en cuenta que ese examen no puede hacerse de prisa, porque sería trabajo perdido.

A primera vista parece un joven que apenas está libre de entrar en el sorteo de la quinta, y sin embargo, cuando se alistó en la Milicia Urbana (Q. E. P. D.) habló á sus compañeros del continente marcial de las tropas de Angulema, y se felicitaba de haber escapado con vida en la jornada del Trosadero. De la guerra de la Independencia no hace memoria, porque Murat fué compasivo con los niños de las escuelas, y solo sabe que su padre no ponía muy buena cara á dos huéspedes franceses que le recomendó el alcalde de barrio. Damos estas ligeras noticias para que los pavos negros no sorprendan la buena fe de nadie, haciendo que el cabello se avergüence de estar malisado de blanco. En el mismo caso se halla la barba, aunque esta solo le debe al fante dos medias patillas, porque el resto lo pasa á cuchillo diariamente la navaja de afeitar. El lector no recordará haber visto, ni es posible que vea nunca un solteron, que desayune el estómago sin haberlo hecho primero con la cara, limpiándola de los puntos grises que tienen la impudencia de brotar en la barba. Es tambien de rigor que no usen bigote, ni menos perilla; y si alguno se permite semejante licencia, nosotros podemos asegurar que nuestro retrato no gasta ninguno de ambos adornos.

Medio modesta y angosta patilla, perfectamente alusida sobre el colorado y lustroso carrillo, ajusta perfectamente en su parte inferior con el cuello del camisón, que siempre es blanco y rara vez sufre otro corbatín que no sea del mismo color. El cabello, partido en tres grupos ni más ni menos que las tres potencias que clavan los escultores en la frente del niño de Dios, es el peinado que conservó desde el año del cólera, y en el cual se permite alguna licencia, menos la supresión del *tupe*, que no parece sino que es el símbolo de su honestidad según se afirma por conservarlo.

Respecto al traje, no es tanta su consecuencia, y á excepción de las travillas en el pantalón y del zapato escarpín de oreja para verano, cosas ambas de que nadie le ha hecho prescindir, se ajusta en las demás prendas al gusto del día, y nada le dice al sastre porque le siga vistiendo de pollo, siempre que la moda no invente algo que destomponga su cabeza. Como por ejemplo: el corbatín bajo y el sombrero de ala muy ancha. En este último punto se inclina mas bien á los de punta de sorbeto que á los de campana y á los bajos. Pero no es su manera de vestir ni su facha después de vestido lo que se ve en esta pintura; lo que ha llamado la atención de los inteligentes, es la historia del boreto, no el desempeño del cuadro.

Figúrense VV., para que tengan una idea del trabajo que le habrá costado al pintor salvar su modelo de la *almadraba* de las suegras, que ahora tiene cincuenta y cinco inviernos cumplidos, y el primer anzuelo se le cebaron antes de cumplir las quince primaveras. Era una red traidora, porque se puso dentro de la familia, y aunque la prima en cuestión estaba ya doblemente en sus trece, y no necesitaba tutores para hacer el amor al niño, terció en la diligencia una tía, que ¡bendito sea Dios que la crió! no habla en aquel entonces mejor almadraba de buche en toda la tierra de los casamenteros. Púsosele al mar-

clio de paso y de retorno, al derecho y al revés, pero fuese por inclinación propia ó por consejo de algun gran cívico y experimentado en materia de almadrabas, el tazo obtuvo de su padre la licencia para viajar por el extranjero, y á su vuelta traía cinco años mas de edad y con ellos y la experiencia de los viajes, una resolución heroica de conservarse en el estado honesto sin recurrir al casorio.

Semejante reto, y una gran herencia que acababa de recibir, excitó la codicia de los suegros, y sin que él llamase á concurso, acudieron mas de cien doncellas á optar á su mano, seguras todas de rendir muy pronto la fortaleza, y entrar á saco en aquel corazón de piedra herroqueña. Pero ninguna de los diferentes métodos de pesca que cada una puso en planta, produjo otro resultado que el obtenido por la almadraba de la tia, y fueron necesarios veinte años mas para que se convenciesen las opositoras de que aquel pez no cabía en ninguna de las redes que le habían echado.

Duro de pelar era ya el soltero de cuarenta marcos, y abandonado por las inespertas doncellas, pasó á poder de las viudas jamonas, que no fueron mas afortunadas que sus antecesoras, á pesar de haber hecho mayores esfuerzos por conseguirlo.

El autor de este cuadro afirma que á ser posible enumerar todos los recursos de que se valieron para redimir aquella alma del cautiverio en que la tenía la soledad, no habría lector que compadecido y prendado de la tenacidad de las viudas no les ofreciese al punto su blanca mano. Y tanto le preocupó esta idea, que al respaldo de la tabla escribió los nombres de las que mas se habían distinguido en la conquista, con una nota en la que rogaba á los solteros, que por caridad dejaran de serlo, casándose con alguna de aquellas señoras.

Si se establecía por su cuenta con criados de su confianza, ganaban el amor de las llaves (prezta increíble) para que le predicase á menudo sobre la necesidad que tenía de buscar una mujer que cuidase de su persona y de sus intereses. Si se acomodaba de huésped, le armaban mil historias con la comida, y seducían á la plañidera para que le lectase las cuentas, y al criado para que no le oyese llamar cuando volvía de la tertulia, y lo hacían otras tantas diabluras por el estilo. En suma, todos los años salía á ventanar, y ni aun entonces se veía libre de los atentados contra su libertad. Hubo mujer, y esta es histórica, que escribió á sus correspondientes para que se le prepararan mientras estuviere por allí.

Desgraciadamente, y con dolor lo decimos, nada consiguieron, y le desahucaron despues de cumplidos los cincuenta años. Desde entonces ninguna mujer le combale de frente, y sin que renunciara del todo á su conquista, le flagorean alguna vez por el ridiculo, tratando de escotar su vanidad con la mitológica suposición de que no ha encontrado ninguna mujer que le correspondiera. Nuestro soltero no se rinde mejor á esas insinuaciones que á los anteriores bloqueos, y tal cual le han visto VV. en el cuadro, ha empeñado su palabra de acabar la vida.

Pero ¿qué con creer que es todo oro lo que reluce y que el soltero no tiene otras penas que las de teñirse el pelo y escuchar las chanzas de sus amigos. No vayan VV. á creer por lo que da de sí la pintura que tenemos á la vista, que sus males son el no tener quien por amor le recosa la ropa, ni quien cuide de que el criado no se duerma y le haga sufrir en la calle media hora de nieve! Esas faltas y otras muchas las remedia el dinero, y ya hemos dicho que generalmente le sobra al que por capricho se conserva soltero toda la vida. Para las penas de que hablamos no tiene balsamo el Pez ni las Galbónias, y su único remedio está en el brazo de la mujer que amamos, ó mejor dicho de la que nos ama; y no es lo mismo que á serlo estaba completamente resguardado la dicha de la humanidad. Diferencia importantísima cuya difícil resolución engendra generalmente el tipo de que nos ocupamos. Que sea franco con nosotros el soltero que tenemos á la vista, y nos diga si no es cierto el temor de una elección equivocada le que le hizo llevar su honestidad al sepulcro. Que nos diga si consado de los placeres de la mesa, de los viajes y de cuantas diversiones ofrece la sociedad, no daría todas sus riquezas por alcanzar para el resto de sus días el modesto goce que da al artesano honrado la ternura de su propia familia. ¿De qué le sirven los vestidos que le alquilan una fortuna glacial é interesada, en los momentos en que su alma, enferma por una afección cualquiera, necesita desahogar su dolor en el pecho de una esposa querida, ó refrescar su frente con las lágrimas inocentes del fruto de su amor? ¿Para qué le aprovecha el que con codicia sus herederos, si á la cabecera del lecho mortuorio no tiene una alma que quiera recoger el último aliento de la suya? La familia es el único balsamo que puede endulzar los últimos terribles momentos de la vida, y la familia no se vende.

Todo el oro del mundo no alcanza á improvisar una madre, una esposa ó un hijo. Esas prendas no se compran, se cambian.

Pero nada de eso quiere confesar el soltero que pasa de los cincuenta, y semejante consumación le ha valido el nombre de soltero. Cada día que pasa desde que ha creído imposible que ninguna mujer le

quiera, por otro fin que por el de heredarlo, siente con mas fuerza la necesidad de la familia, y distrae su pena satirizando á los que se casan con los manoseados refranes de que con la mujer y el fuego, ni hurta ni juega, y el otro que sirve de mote á este cuadro.

Es lo cierto sin embargo que se aburre de tener por único semejante al bongo, y que hastiado de todo huye de su generación, y la noción le mira con distancia, dándole desde lejos el ¿quién vivirá? cuando adobado y teñido intenta ocultar entre la juventud arrogante su anciana decrepitud.

Así acaba su vida, sin que nadie sepa su muerte, hasta que los herederos le han regateado una modesta sepultura; que nadie visita, y sobre la que no se vierte jamás una lágrima.

El desastroso fin del cuadro que acabamos de exponer al público haría que las gentes se retiraran compungidas, sino se hallase al lado (¡contrastos de la vida!) el famoso lienzo de LAS MIL Y VEINTIENTAS SOLTERONAS, que aunque perteneciente á la sala reservada del museo, presentáramos á continuación.

ANTONIO FLORES.

LA HIJA DE LOS BOSQUES.

CUENTO POR LA NEREDA

(Conclusión.)

La piedra donde la mujer de la barca habia dejado la espada, era el lugar del mallo ó consejo, y pronto los galos se formaron el rededor de ella en una especie de procesion, que presidian los bardos cantando salabrazas sagradas acompañadas del laúd; seguían los senanos á diábolos, doce embagos con puñales en la mano, y cuatro guerreros que llevaban un enorme escudo donde reposaba el cadáver de la sacerdotisa.

Púsose detrás la mujer que los llamaba, á quien seguían guerreros jóvenes, ancianos, mujeres y niños. Depositaron el cadáver en la gran piedra; extendió la moza sacerdotisa un paño de lienzo donde estaba el medallón sagrado, repartióle á la azambra, y subiendo en un tripode, giró la vista en torno suyo, y con voz agitada exclamó:

—¿Qué es esto, guerreros? Besos en mi rededor las vírgenes de la isla y me hallo sola entre vosotros: una débil muger resta de la estirpe de aquellos venerados druidas, cuyos consejos buscaban nuestros marcos enemigos. ¿Os acordáis del brillo de nuestras ceremonias? Oh! no quede borrarse este recuerdo, porque está unido á la memoria de la libertad. La tempestad acompañó á vuestros padres hasta el pie de los grandes pálcios, y el capitolio se tendió en el suelo para que pasaran vuestros caballos. Pero la debilidad entumeció vuestros corazones, y Teutates permitió que las águilas romanas anidasen en vuestros bosques. ¡Ay de los vencidos!... Las cadenas sujetaron vuestros pies... Abandonásteis las natales selvas, y buscásteis nueva patria en la patria de las tempestades... ¡Y qué, será preciso que abandonéis también las islas? ¡Llorad por los que mueren... Pero Teutates no llora; ella quiere sacrificios: llora y la tempestad os ahogará; cuando lloras de gozo voyais á levantar el escudo que nada sobre las aguas para ahogar á vuestro hijo, el rayo os herirá... ¡Por qué acogiásteis sin consultar al cielo al falaz extranjero que vino á turbar la paz de nuestro desierto?... Horrible falta! sacrilegio húpido que exige venganza!... He ahí mi hermanita; su sangre pide sangre!...

Un ahullido horrible lanzado por los guerreros, repitió las últimas palabras de la sacerdotisa; agitaron en el aire sus lanzas; chocaron unos contra otros los escudos, y todos los ecos del bosque repitieron: «Sangre, sangre!»

—Oh, continuó la sacerdotisa; el dios habló, está irritado, pide una víctima.

Entonces se adelantó de entre los guerreros un hermoso joven, dejó en el suelo su escudo y su lanza, y dirigiéndose hacia la sacerdotisa dijo:

—Interprete de los dioses, he aquí la víctima. Entre todos los guerreros que viven, mi padre fué el primero que respiró el aura de los bosques; su fortuna es grande, debia morir en el primer sacrificio; pero es una misma la sangre de su hijo, y Teutates somerá al verla correr en sus arroyos.

A una señal de la sacerdotisa se adelantan los embagos, inclinan la víctima sobre la piedra sagrada, desnudan su cuello; y ya aquella muger terrible levanta el puñal para sepultarle en la garganta del desgraciado, cuando un anchoo atraviesa por entre la multitud, separa al joven, y poniéndose en su lugar exclama:

—Descarga el golpe. Pesas mucho mis años para venir (empañado) pero mi hijo es grande, él no consentiría que otro ocupase mi lugar. Descarga el golpe!...

Pero entonces á su voz sale de entre los árboles un extranjero, está sobre el tolim y cogiendo el brazo de la sacerdotisa:

—Detente, dice; yo soy el culpable; llenad vuestras copas de oro en mi sangre, pero perdonad á mis inocentes y desgraciados compatriotas.

Era Lisandro...

No es posible pintar el efecto que produjo en los bárbaros aque noble mozo, vestido á la griega, flotando al aire sus cabellos de ébano y con un continente que hermoseaba el dolor. Cruzó por los ojos de la sacerdotisa una ráfaga de ternura; era muger y las bárbaras supersticiones son impotentes contra la naturaleza.

—Guerreros, dijo volviéndose á sus fanáticos compañeros; mengua sería que la sangre de un extranjero indigno manchase las aras de nuestro dios. El está satisfecho de vosotros y perdona á la víctima; pero yo vengaré la muerte de mi hermana. Llevada á la isla de los sepulcros; acostadla en el lecho del eterno sueño, y que los primeros rayos del sol saluden todos los días su tumba. La cólera del dios será satisfecha: negros tormentos asaltarán el sueño del vil romano, y cuando la noche haya envuelto tres veces las montañas acabará en las olas del abismo.

Ejecutaron todos sin replicar las órdenes de la druidesa; coloraron el cadáver en una balsa, y todos los guerreros la siguieron en otra, dando gritos de dolor hasta que llegaron á una isla inmediata. Volviéndose la sacerdotisa á Cirilo, que había acompañado á su amigo.

—Marcha, le dijo; vuelve á tus compañeros y díles que este romano queda en mi poder.

Iba á replicar Cirilo, pero conociéndolo ella, mandó á dos embagos que le llevasen hasta la estremidad de los bosques, ordenándoles que la dejaran sola hasta que su venganza estuviera satisfecha y aplacada la sombra de su amiga.

V.

Cuando quedó sola Dolmira, que así se llamaba la druidesa, condujo á Lisandro al hueco de una roca, habitación de las sacerdotisas, cuya entrada estaba prohibida á todos los galos.

Había pasado la tempestad: el viento barria las nubes, y en medio de la azulada bóveda pendía el astro de la noche, cuyos rayos de plata penetraban chlicamente en la gruta de Dolmira. El griego, consider-



(Escena en los bancos del Prado.)

rando el grande infortunio que pesaba sobre él y sobre sus compañeros, era extraño á cuanto pasaba en rededor suyo, y recostado sobre el lecho de la virgen, formado de blandas pieles, parecía que el dolor abría su vigor y su energía. Dolmira, de pié, delante de él, admiraba aquel hermoso rostro que el pesar hacia mas interesante, y se hubiera arrojado que luchaba entre el deseo de hablar y el temor de decir. Por último, despues de una larga incertidumbre, rompió la sacerdotisa el silencio diciendo:

—Guerrero, ¿por qué guardas tus ojos de mis ojos? Yo soy dueña del corazón de los galos, mi morada es sagrada para ellos, y á mi lado nada tienes que temer. Es un gran delito engañar su confianza; pero ¡ay de mí! la terrible druidesa se ha convertido en una muger vulgar.

—¿Qué es lo que dices? contestó Lisandro. ¿Has suspendido mi muerte para gozar en mi agonía?

—Te engañas, continuó ella; esta misma esterilidad terro te ha salvado. Ay! cuando prometí vengar una sombra querida con tu muerte, á poco me hace traicion mi corazón: tú mataste á mi hermana, y yo hubiera sido sacrificada por causa tuya...

—¿Oh! quién puede creer que se albergue un sentimiento generoso en un pecho que pide sangre! Tu mano, muger, está acostumbrada á

hundir el puñal en el cuello de las victimas, y tus mejillas se han salpicado con sangre...

—Insensato!... El corazón de la sacerdotisa debe estar cerrado á todo sentimiento débil; pero el mio se ha conmovido al verte... y sin embargo, latió pausadamente, siempre que sentada sobre la mas alta roca, y en medio de la noche, conjuraba á las tempestades que abrían las montañas en torno mio, y desgajaban sobre mi cabeza una lluvia de fuego... Habla, qué deseas? pronuncia una palabra y serás obedecido. Yo le presentaré como el amado de Teutates, y el gallo humillará su aliva frente ante tí. ¿Quieres acaudillarlos y vengarte con ellos de los ultrajes de tus enemigos?

—¿Por qué hablas así, hija de los bosques? ¿Quieres burlarte de mí porque estoy en tu poder?

—Oye, continuó ella; tus dias me pertenecen, pero la sacerdotisa de los galos quiere tambien tu corazón.

—Te has engañado; tus encantos no harán latir mi corazón.

—Pobre hermana mía! exclamó entonces Dolmira con amargura; él traspasó tu pecho porque le amabas, él traspasará tambien el de tu desgraciada amiga.

—Ella me amaba!...

—Sí, contestó la druidesa; y acercándose á Lisandro, y tomando con violencia su brazo, añadió: sí, te amaba desde el funesto día de vuestra llegada, en que á persuasiones suyas os dieron hospitalidad en nuestros guerreros. Tú eras su única ilusión, y en medio de los bosques sagrados preguntaba á todos los seres nuevos de su amante. Nadie era confidente de sus penas mas que yo; comprendía la tibia debilidad, pero la infeliz contestaba: El cielo me castiga, no hay duda, pero ¿por qué formó tan hermoso mortal? ¿por qué permitió que mis ojos le vieran?... Mira, Dolmira, me decías, es tu cuerpo tan esbelto como el cedro de la Armórica, sus ojos son como el rayo de las tempestades, y el sonido de su voz es semejante al cántico que acaricia á las flores en las deliciosas mañanas del estío. Ah! desdichada amiga, tanto amor precipitó tu lozanía en la tumba!...

—Calla por Dios, dijo el griego, no me recuerdes una culpa que cometí inocente.

—Escucha, añadió la sacerdotisa: mi hermana sabía que amabas á otra... ay! yo tambien lo sé!... Sabía tambien que una ceremonia extraña te iba á unir para siempre á tu amante; ella estaba celosa... Oh! ¿sabes tú, añadió Dolmira con vehemencia, sabes tú lo que son los celos en el corazón de una hija de los druidas? Mira, griego, quisiera que toda la lava del gran crater cayera gota á gota sobre mi corazón, para estarle abrasando años enteros, antes que verte tribular caticias á otra mujer. Porque mi hermana tenía razon: los ojos son como el rayo que mata, y tu voz es como el aura de las montañas. ¡Ay de aquella á quien amaras amándote yo!...

—Dios mio! exclamó Lisandro aterrado ante la siniestra expresion de la sacerdotisa.

—Escucha, volvió á decir Dolmira despues de un momento de pausa: mi amiga te vió salir de las tiendas la tarde siguiente; ella te seguía por entre los bosques, y ella te mandaba tiernísimos suspiros entre los ojos de las montañas. La infeliz lloraba, porque te amaba mucho y no quería privarte de que amases á otra. No era ya la sacerdotisa de los galos, era una débil niña que vivía por un resto de ilusión... ¡Ay de mí! mañana seré yo tal vez una pálida flor sin frescura ni lozanía!... Volví de la caza, y acertaste á pasar por un dolmín: ella te observaba escondida, y mil veces extendía los brazos hacia tí, demandándote la muerte ó la vida... De pronto la becerra sagrada saltó por entre vosotros, para avisar á los galos que un extranjero borbaba con su planta el recinto de Teutates: tú disparaste contra el pobre animal, y la flecha leó silbando á travasar el corazón de mi hermana, en el momento que abría los brazos pidiéndote la vida ó la muerte...

—Oh! basta, basta, dijo Lisandro; destrozas mi corazón!...

—Ella murió... ay! ¿por qué no atraviesas mi pecho con tu espada? ¿Qué dulce debe ser morir por el que se ama!... Yo envió á mi amiga!... Lisandro, ámate ó máteme á tus piés... Y Dolmira cayó llorando á los piés del griego.

Dolmira!... Oh! Dios mio! dame valor para resistir tanta seducción; y el guerrero escondió su frente entre sus manos.

—Qué! añadió la sacerdotisa, ¿las hijas de los bosques son menos hermosas que vuestras griegas y romanas porque desconocen el precio de sus encantos? Ah! tú has amado: pero la mujer que amaste, ¿era más estulta que yo? ¿sus cabellos bajaban como los míos hasta el borde de su velo? ¿sus brazos y su cuello eran mejor contorneados? ¿sus ojos respesaban más amor que los míos?... Amala si es mas bella que yo; pero sino dame tu corazón...

Soltózaba el griego y temblaba por sí mismo en medio del arrebato de la joven.

—Dame la muerte, hermosa hija del desierto, exclamó Lisandro, dame la muerte porque no puedo ser sensible á tus hechizos. Diótima, cara Diótima, Cirio, venid á mi socorro; podéis resistir á los ejércitos, pero temblorante una mujer tan extraordinaria.

Entonces se alzó con orgullo Dolmira, volvió la espalda al guerrero, y huyó de la gruta, dejando á Lisandro entregado á los mas tristes presentimientos.

VI.

Pasaba Lisandro el día en la soledad, y solamente por la noche se presentaba Dolmira, que sin desplegar sus labios dejaba leche, pan y algunas frutas sobre el suelo de la gruta, desapareciendo al momento para no volver hasta la noche siguiente. En tanto la triste druidesa erraba por los bosques, llamada sobre sí los rayos del cielo, á invocaba los nombres de su amiga abrazando el montecillo que guardaba sus cenizas. A la manera que una cierva traspasada por el agudo dardo, lucha y forcejea por desprenderse, hundiendo cada vez mas en su cuerpo el hierro fatal; así la sacerdotisa se esforzaba por arrancar de su alma la idea que la ocupaba, sin conseguir mas que agravar su dolor, y ver cada vez mas bella y más risueña aquella imagen que estaba grabada en su pensamiento. En vano buscaba las risueñas perspectivas que la naturaleza le ofreció en otros tiempos y ocupaban su alma elevándola hasta los cielos; en vano pedía fuerzas al huracán, y en

vano procuraba embriagarse en aquellas sangrientas ideas de sacrificios que despertara en ella la tempestad; en vano, porque la naturaleza le presentaba á su amado como el ser mas bello é ideal, el huracán traía á sus oídos palabras de amor apenas articuladas, y entre las montañas de nubes que acumulaba la tempestad, veía cabalgar con andaz soberbia á la sombra del querido de su corazón. Ay! cuando la pasión ocupa nuestro pecho, el pensamiento no es mas que el espejo de nuestro corazón.

Pasaron muchos días. Una mañana la sacerdotisa estaba sentada sobre la tumba de su amiga; el crepúsculo matutino se enlazaba con el crepúsculo de la tarde anterior, formando uno de esos días sin fin de las regiones del Norte; multitud de nubecillas se alzaban en el Oriente formando un grande arco de plata, y una débil neblina se extendía sobre los campos como si fuera una gasa de luz blanquecina.

Una bandada de cuervos cruzó rápidamente sobre la cabeza de la druidesa lanzando graznidos lúgubres y siniestros. A su vista Dolmira se estremeció.

—Me anuncias la muerte, aves funestas, dijo con desaliento. La virgen de los bosques ha faltado á sus deberes; los guerreros repartirán su sangre con la copa de los sacrificios. Teutates lo ha dicho. Ese hermoso cerco de nubes, es el cañidor que el Dios envía para arrastrar mi vida por la inmensidad: ella vagará errante hasta su espacioso. Adios, amiga mia, hermana mia; apenas reverdece la flor que planté en tu tumba, y ya llegó tambien á la noche de la existencia. Adios, hermana mia; mis cenizas serán dispersadas por los vientos: ¿quién plantará una flor sobre mi tumba?... Debo una víctima á Teutates: la sangre del extranjero aplacará su sed, y los guerreros me levantarian sobre su escudo... Pero una gota de su sangre ahogará tambien mi corazón... Adios, amiga mia, tu sombra será vengada.

Desó Dolmira las flores que hermosaban aquel sitio, y desapareció ligeramete por entre las rocas. Algunos minutos despues salía en una barquilla, y en breve llegó á su gruta. Entonces llamó á un embago y le dijo:

—Llégate al campo extranjero, pregunta por Cirio, y dile que él y Diótima, á quienes los embagos han alejado de los bosques, vengan conmigo para bien de Lisandro. Di tambien á nuestros guerreros, que á la noche cuando la luna sale de su lecho y al pié de la grande encina, tengo que hablarlos. Mis embagos levantarán en aquel mismo sitio una hoguera que haya de devorar la víctima.

Quando el mensajero se hubo alejado, penetró Dolmira en la gruta donde descansaba el griego: incorporose este al ver á la sacerdotisa, que no acostumbraba á visitarle durante el día. Dolmira se detuvo á la entrada como si temiese alejar el sueño del extranjero: de pié, inmóvil y á la escasa y blanda luz de la mañana que penetraba por entre los agujeros de las rocas, parecía la druidesa una visión aérea que viniese á acariciar los sueños deliciosos del hijo de Pirro. No era ya Dolmira aquella feroz sacerdotisa, cuyo vigor varonil era el orgullo de los galos; el fuego habia desaparecido de sus ojos, y sus mejillas habian palidecido; parecía una linda flor que aun exhalaba fragancia, pero que el huracán habia tronchado del tallo que la daba vida.

Despues de algunos minutos de muda contemplacion, se acercó á Lisandro, y le dijo:

—Oye, griego; voy á hablarte por última vez: no puedes amar mas que á Diótima, á quien invocas hasta en tus sueños: pues bien; yo tampoco puedo vivir sin tí. Escucha; siempre han sido los griegos funestos á las hijas de los galos; pagaron los beneficios con la ingratitude, y el amor con la muerte. Sea así; cumplase nuestro destino. Verla esta noche á tu amante y á tu amigo, y en tu presencia mi hermana será vengada por mí misma. Teutates necesita una víctima, la sombra de mi hermana quiere descansar.

—Gran Dios! interrumpió el griego; ¿acaso es Diótima la ofrenda destinada á tan impio sacrificio? Antes te compadecía, unger étnica; pero ahora tendré que aborrecerte.

Dolmira se sonrió tristemente al oír las palabras del griego, y salió de la gruta.

Era ya muy entrada la noche; la luna empezaba á alzarse suavemente en el espacio, blanca y pura como el primer ensueño de la niñez; las caridades de la gruta repetían en tristísimo eco los cánticos sagrados de los galos, y el ave agorera daba lastimeras quejidos sobre la grande encina. Entonces se inundó la gruta de luz. Presentose la sacerdotisa adornada con sus mejores galas: una túnica blanca ajustada con un cinturón de oro, la envolvía completamente; sus brazos desnudos, estaban ceñidos por brazaletes del mismo metal; de su cabeza rodeada de verbenas caían flotando al aire sus rubios cabellos, que jugaban sobre sus espaldas; llevaba en su derecha el ábaco sagrado, y su izquierda sostenía una antorcha que iluminaba la gruta.

—Entrad, dijo la sacerdotisa volviéndose hácia los que la seguían: allí estáis.

Levantose Lisandro creyendo que negaban los embagos para conducir al sacrificio; pero retrocedió dando un grito de dolor que reso-

no por toda la gruta, en el momento que Diótima se arrojó en sus brazos.

—¡Infeliz, ¿adónde te conduce tu arrebato? dijo Lisandro estrechándola contra su pecho.

—A morir contigo, contestó ella florando de felicidad.

—Seguidas... dijo Dolmira con una voz alterada; y saliendo de la gruta señaló con su mano el sitio donde estaban reunidos los galos, diciendo: he allí la hoguera...

Llegaron al lugar del sacrificio, pusieronse en pie las guerreras, y sus ojos radiantes de furor brillaban de un modo espantoso al fatídico resplandor de la llama siniestra. Cantaban agitando sus escudos:

«Almuna el bosque vestirá de gala:
¿por qué la flor con sangre reverdece?
hijas las flores son del dios que amamos,
y el dios pide la sangre de los seres.
Ellos vienen allí: son tres ofrendas:
con su sangre á Teutates aplaquemos...»

Arde la hoguera al pie de la sagrada encina; el aire elevaba la llama, y el humo se elevaba oscureciendo los aires.

—Valientes galos, dijo Dolmira cuando llegó al dolmira; oíd la voz de dios; él habla por mi boca. Teutates se va de aquí... hace treinta noches que los ecos de las montañas me traen tan fatal nueva. Teutates os abandona; ¿pero no os dejará algún ser digno de labrar vuestra ventura? Sí: Teutates se va de aquí; pero os adopta el dios del extranjero que abolió á vuestro asilo para hacerlos dichosos. Los dioses la protegen; su garganta ha sido invulnerable á los golpes del puñal galo que dirigía mi mano con furor. Al querer vengar á mi amiga sobre su tumba, vi el dios que con rostro severo me decía: Delente, es el mortal que guardo para hacer la dicha de los desgraciados; anuncióse en mi nombre, y la encina sagrada caerá en el instante humillada á sus pies: se cumplirá la antigua tradición de que la última sacerdotisa ascenderá de entre las llamas, para llevar á dios la ofrenda de su pueblo.

Aun resonaban sus palabras en los oídos de los aterrados galos; y la druidesa había desaparecido. Oscilaron las llamas de la hoguera, y por entre su fatigada pábella se divisó el rostro de la bella Dolmira. Fué un instante áada mas; el voraz elemento devoró en seguida tanta hermosura y tanto valor. Cayó con horrisono estruendo la caduca encina, objeto de la pública veneración, repitiendo los escudos que pendían de sus ramas y que se chocaron al caer, las últimas palabras de la druidesa: á Teutates se va de aquí!

Al mismo tiempo una paloma blanca como las crestas de la montaña, salió de entre las columnas de humo que se alzaban de la hoguera, y después de posarse un momento sobre la cabeza de Lisandro, desapareció rápidamente en los aires.

Tantos prodigios reunidos subyugaron la imaginación ardiente de los galos; acercáronse los jóvenes y guerreros al viego y le dijeron:

—El cielo está de tu parte: consentimos en verte nuestro jefe: arendas tu compasión, pero jamás tus esclavos; pues aunque todo nos faltase, aun tenemos vigor en nuestros brazos, y el galo nunca se rinde.

Lisandro, conmovido por el horrendo sacrificio de Dolmira, aceptó el puesto que le ofrecían los bárbaros. Abatieron estos los escudos en señal de fidelidad; abrazó el griego á los jóvenes mas distinguidos por su esfuerzo, y desde entonces griegos y galos formaron un solo pueblo, que hizo á ser poderoso en estos mares.

Cirilo consagró esta gruta á la Virgen de los Mares, y en ella recibieron Lisandro y Diótima la bendición del sacerdote, y á ella acudieron en breve todos los galos á gozar de los benéficos consuelos de una religión tan distinta de la suya.

Aquí acabó el anciano su relación, que os traen, amigo mio, para que no quede sepultada entre los helados desiertos de la isla.

LA NEREIDA.

LA ALAMEDA DEL PEREJIL,

NOVELA CAÓTICA.

(Conclusion.)

Turbóse no poco la exaltada Rosita al escuchar aquellas vulgares razones, y mas aun el tono de necia imperturbabilidad con que habian sido pronunciadas: contempló un rato con asombrados ojos á su interlocutor, y haciendo despues un esfuerzo sobre sí misma, le dijo con grave sequedad:

—Confieso que me ha sorprendido su respuesta de V. mucho mas de lo que es capaz de imaginar; pero mi posición en este crítico instante me impone el sagrado deber de manifestarle las razones de mi

conducta, pues ya no me es posible dudar de que ha sido víctima de un engaño infame: dígame V. pues atentamente. Pocos dias habian pasado despues de su prisión, cuando al volver de misa con mi madre una mañana muy temprano, y como yo me adelantase á llamar en casa, noté al alzar el alabon de la puerta que habia oculto debajo de él, y cuidadosamente pegado con una oblea, un papel muy pequeño y doblado, que arranqué y procuré ocultar, por aquel presentimiento que nunca engaña á las mujeres cuando las rodean circunstancias espinosas: este billete decía así:

«Si quiere V. saber de la persona por quien se interesa, vaya á la Alameda esta tarde: allí escribirá una carta suya por medio de un amigo de confianza: servirá de prueba y de señal el pañuelo blanco que V. sabe se halla en poder del desgraciado preso.»

—Fácilmente obtuve de mi madre el que me condujese al paseo, y en él me entregó ese joven que me acompaña, y mediante la convenida señal, una carta que creí de V., puesto que no conocía su letra: así continuó por algun tiempo esta inexplicable correspondencia, hasta que al cabo, exasperada por los malos tratamientos que sufría, y obligada además por las parenterías circunstancias que me revelaba el último billete, olvidé mi deber, y creyendo seguir á V. puse en práctica la temeraria resolución de que acaba de ser testigo. V. puede imaginar cuál habrá sido mi sorpresa al conocer mi engaño, este engaño que no comprendo aun: así que necesito me explique á su vez cómo aquel mala venturado pañuelo ha podido ser el móvil de esta infernal intriga, y cómo en fin encuentro á V. aquí en ese traje, con que sin duda se ha disfrazado.

—Disculpado! replicó malignamente Currito, quizá sea esta la primera vez que me ha visto V. como soy. Pero cómo esto peca en historia, yo le contaré á V. la mia, pues nunca ha sido mi fuerte el secreto. Ha de saber V. pues, señora, que yo soy hijo de un honrado contrabandista de los barcos, el cual hizo muy buenos pesos en la sierra de Hija. Era yo ya mozohejo, y no queriendo ser menos que un mercader, hice con su hacienda lo que él hacia con la del rey. Molíome de sus resultas las custillas á puros palos, y entonces yo, huyéndome de mi casa, senté plaza de tambor de un regimiento que posaba á América. Crecí en años y en bravura; hice me soldado, y gracias á la habilidad que dios me ha dado con la baxaja, gané sendas onzas, con las que deserté y me embarqué para España. Había yo ya currido toda ella, cuando el diablo me tentó á venir á Cádiz: parecíome V. prenda muy acomodada para un desertor, y yo no le parecí á V. saco de paja: llevolo á mal la vieja, y una tarde armé quimera con ese mozo, en la que tuve la desgracia de caer en manos de la guardia, la que me llevó á la cárcel. Esto fué mi perdición; pues habiéndome roto el caldo de las requisitorias enviadas por mi regimiento, me sentenciaron á servir diez años de recaigo, amen de cincuenta palos con que me deslucaron en el cuartel. Pero no me apuro por eso: los hombres como yo solamente son soldados hasta que hallan dos dedos de camino que tomar por su cuenta, y si es menester nos escapamos los dos hoy mismo, una vez que ya traía V. el mismo hecho: corramos por el mundo un año ó dos, y luego la vuelvo á V. á dejar en casa, que yo estudié con los jesuitas, y dicen que estos vuelven á poner las cosas donde las encontramos.

Botaban ira y vergüenza las encendidas mejillas de Rosita al escuchar las palabras de aquel hombre bajo y soez; sin embargo reprimió toda su indignación hasta llegar á adquirir las importantes noticias que aun le faltaban, y así, dirigiéndose nuevamente á su interlocutor, le dijo con dignidad y entereza:

—Mi sexo y mi desgraciada posición actual me autorizan á exigir que se me respete, y V. no debería haberlo olvidado; sin embargo necesito todavía aclaraciones sobre un solo punto, al que espero me conteste de un modo terminante. ¿Por qué incomprendible acaso pasó mi pañuelo de sus manos de V. á las de ese desconocido?

—Eso es lo que yo no sé muy bien, replicó Curro algo cortado; precisamente lo llevaba conmigo cuando fui preso, y como entre buenos compañeros de suerte no debe haber secretos, conté en la cárcel mi historia, sin olvidar por supuesto el lance del balcón: al otro dia uno de los presos, hijo de tía Blanca, la gitana, me propuso un trato acerca de él: resistíme un poco; pero ya habia jugado y perdido todo mi dinero y no tenia con que desquitarme: en tal apuro jugué el pañuelo á una maldita sola de oros, vino la contraria, y el picaro gitano se lo llevó, aunque le prometí por él cuatro pesetas en cuanto me espolase la suerte.

Iba á proseguir; pero Rosita, cuya indignación habia llegado al mas alto punto, cerró con estrépito la ventana, dejándose caer sobre la silla inundada en llanto.

—He aquí, se decía á sí misma, el hombre de mi amor y de mis pensamientos, aquel por quien iba á sacrificar hasta mi propia reputación. ¡Cuanto justifican su grosera inmoralidad y baja su preven-

ciones de mi pobre madre, á quien he abandonado cruelmente y que en este momento quizá me llora y me maldice!... Y por otra parte, ¿quién es este desconocido á quien mi imprudencia se ha confiado? Todo me indica que es otro infame que abusando de mi insensata credulidad me ha engañado también para lograr perderme; pero yo no volveré al mundo con esta mancha en mi opinión. Un convento; hé aquí la perspectiva de mi suerte.

Al acabar de decir estas palabras abrióse la puerta de su encierro y se presentó en él un honrado sacerdote, antiguo amigo de su familia.

—Consuélese V., Rosita, la dije al entrar; vengo á conducirla á su casa. Su madre de V. ignora las circunstancias culpables de su fuga; le he dicho que hostigada por su proceder había buscado un asilo en casa de cierta respetable señora á quien conoce, y por este medio he abogado por un perdón que le ha sido concedido.

—¿Cuánto se lo agradezca á V., padre mío! exclamó la jóven; pero antes de partir es forzoso que yo hable á ese hombre á quien no conozco, y que por inexplicables circunstancias se halla complicado en mi loca resolución; nuestra primera y última entrevista debe verificarse aquí y en presencia de V.

—Es imposible, hija mía, há media hora que partió de orden superior. Su padre D. Braulio ha sido atacado esta noche de un accidente apoplético, según era de temer, y alirlo á despertar por la mañana se le ha hallado sin esperanzas de vida; pero la mujer que la acompañó á V., y que era criada suya, pretende entregarle una carta que dejó escrita al partir; yo la he mandado esperar hasta poner en su noticia estos importantes acontecimientos.

Previo el permiso de Rosita fué introducida en la habitación la vieja Remigia, trémula aun y llorosa; una vez allí alargó el billete á la persona á quien iba dirigido; pero esta rehusó tomarlo, y dirigiéndose á la recién venida, le dijo:

—Antes de todo es menester, señora, que V. me explique cuál ha sido el móvil de su complicidad en este escandaloso suceso, y qué motivos han obligado á su amo á hacermé víctima de un engaño vergonzoso.

—¿Qué me dice V., señorita! replicó asombrada Remigia. ¿Es posible que V. crea á mi Pepito capaz de engañar á V., cuando por su cariño ha tenido que ver á los diablos en casa de la tía Blasa!

Contó á renglón seguido cuanto sabía del entredo de la gitana, y entró detalladamente en los pormenores de la mágica escena del panteón, cuyas consecuencias conocen mis lectores, concluyendo con protestar nuevamente acerca de la inocencia y del amor de su señorito.

Esechola con suma atención nuestra bella fugitiva, sonriose en seguida como si su corazón se aliviase de un enorme peso, y tomó la carta, la cual se hallaba concebida en estos términos:

«Adorada Rosita: Un infausto acontecimiento me aleja de V. por algunas horas, y aunque él es de naturaleza suficiente á absorber mis pensamientos todos, sin embargo, la crítica posición en que se encuentra por mi causa no me permite abandonarla en ella; dividiré pues entre V. y mi moribundo padre estos angustiosos instantes, y mis primeros pasos serán dirigidos á sacarla de un lugar tan poco conveniente á su persona, mientras obtengo la aprobación de su señora madre para nuestro enlace. Entre tanto no dude del amor eterno que le profeso.»

Esta carta venia firmada por primera vez.

Ansiosa recorrió la jóven aquellas líneas, cuya letra conocia harto bien; volviólas á leer de nuevo, y en seguida permaneció largo rato pensativa y como entregada á una profunda meditacion. Aquel momento iba en efecto á decidir de su vida entera; pero á dicha las circunstancias extraordinarias que la habian precedido, la singular conversacion con aquel hombre despreciable y ruin, y la seguridad de que el cómplice de su fuga era como ella víctima inocente de una intriga diabólica, todas eran razones que abogaban en favor de D. Pepito. Por otra parte, sus cartas tan llenas de respetuosa pasion, el cariño de su padre, que sin titubear habia arrojado solo por ella, la opinion en fin de la jóven, vacitante cuando menos ante la severa moralidad pública, inclinaban la balanza en que se pesaba en aquel punto su propia suerte... Sin embargo era forzoso decidirse, y levantándose al cabo con ademan resuelto se dirigió al sacerdote diciéndole:

—Vamos: díjame V. á mi madre que su hija espera su consentimiento para ser la mujer del jóven que la ha escrito esta carta.

Marcharon en efecto, y con ellos Remigia, en cuya busca se envió á un criado de su casa: D. Braulio habia dejado ya de existir. Seis meses despues la interesante Rosita era ya la feliz esposa de nuestro mancocho. Durante este tiempo las recomendables prendas que lo adornaban, su vehemente y respetuoso cariño, y su agradable figura, habian ido granjeando el corazón de su amante, y al cumplirse el término prefijado para las bodas, Rosita estaba realmente enamorada del que iba á ser su esposo. D. Canuto, el amigo íntimo del

difunto D. Braulio, fué padrino de ellos, y es fama que estuvo tentado á creer que una mujer era algo mas que una factura de cacao.

Pepito supo por su amada toda la historia del encantado pañuelo: rióse de su candidez, y en gracia de su ventura perdonó á la tía Blasa; pero esta habia desaparecido, renunciando voluntariamente la corona, para la cual tenia indisputables méritos.

Segun las últimas noticias que ha adquirido el autor de esta novela, puede afirmar á sus lectores que sus dos héroes, hoy ya convertidos en un excelente par de buenos viejecitos, viven y son muy felices rodeados de sus hijos y de sus nietos, allá en un punto de las Américas, adonde los condujeron mucho tiempo há los intereses de su extenso comercio, y en donde recuerdan todavía con placer el célebre paseo, cuna de sus amores. Este, como todos saben, ha desaparecido completamente; pero aun sobrevivió muchos años á su destruccion un árbol único y solitario, que en medio de aquel campo parecia recordar á los gaditanos un suceso notable. La tradicion afirma que debajo de él recibió Rosita el primer billete, y Pepito afirma que su primer sonrisa: este árbol, que la antigüedad gentilica habiera consagrado al dios Cupido, desapareció tambien poco há; pero el acontecimiento que representaba no fué estátil para el paseo de que hacia parte, y el vulgo, que lo habia denominado *Alameda del Perejil*, le llamó en adelante *La Alameda de los Enamorados*.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

FIN.

BALADA.

MUCHO Y POCO.

LA GITANA.

Estudiante de mis ojos,
el que los tiene de fuego;
alarga la mano luego,
de Egipto vengo por tí.

Aunque de mis secos labios
oigas la buena-ventura,
corri toda Estremadura,
ambas Castillas corral.

Niña, sal de mi tierra
á buscarte.

Ya mi cabeza está blanca;
pero al fin en Salamanca
logro hallarte.

HERNAN.

La magia para mí es
gran locura.

Solo el verte cual te ves
tu pretension asegura.

Habla pues,
pero dí la verdad pura:
no pone gusto en *Cortijo*
ventura ni desventura.

LA GITANA.

—Qué rayita! qué rayita!

—Atravesarás los mares
con arcos militares
y con soldados en pos.

—¿Te contentas, niña loco?

HERNAN.

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES.

¡Bien por Dios!

LA GITANA.

Para mundo de tu gloria,
que no cabrá en este mundo,
dijo te ofrecí un profundo
marinero ginovés.

—¿Te contentas, niña loco?

HERNAN.

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES.

¿Poco es?

LA GITANA.

Allí, tierra que en horrores
de ídolos el sol vé llena,
la santa Cruz nazarena
con tu mano plantarás.

—¿Te contentas, niño loco?

HERNAN.

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES.

¿Quieres mas?

LA GITANA.

Antorcha cual tú, gigante,
incendiarás mil navíos,
para que admiren tus bríos
mar, tierra y cielo á la vez.

—¿Te contentas, niño loco?

HERNAN.

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES.

¿Qué altivez!

LA GITANA.

Tus esclavos, sus monarcas;
Sus princesas, tus queridas;
y de millones de vidas
tu capricho rey será.

—¿Te contentas, niño loco?

HERNAN.

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES.

Loco está.

LA GITANA.

De riquezas y tesoros
inundarás las Castillas,
y sus hijos de rodillas

te adorarán como á Dios.

—¿Te contentas, niño loco?

HERNAN.

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES.

¡Voto á bríos!

LA GITANA.

En dos mundos, que unió el lazo
de tu mandoble en la guerra,
no habrá un puñado de tierra
de espines sobre tu arnés.

—¿Te contentas, niño hidalgo?

HERNAN.

Eso es... algo.

EL ECO DE LOS SIGLOS.

¡Mucho es!!!

VICENTE BARRANTES.

SONETO.

A LOS TREINTA AÑOS.

¡Hé aquí el instante! adiós! ay! os despido,
Belleza, amor, locura, poesía!
Llegó por fin el importuno día,
Mitad de mi jornada hacia el olvido!

La juventud con su esplendente ruido
Me dió hasta aquí valor y compañía,
Solo de hoy mas, escucharé en mi vía,
De la razon el áspero sonido!

¿Adónde voy? Mi corazón ya no ama!
¿Su amor dará á mi espíritu la ciencia?...
Sino ahí está el fastidio que me llama

A tejer con estúpida paciencia
Los sucios hilos de la negra trama
Que en su viudez enluta á la experiencia!

Valencia, Julio, 1848.

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.



(Piensa en su amor.)

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.